

Vida y legado

Memorias



Miguel Ángel
Rodríguez
Echeverría


EDITORIAL
UCR

Vida y legado

Memorias

**Miguel Ángel
Rodríguez
Echeverría**



EDITORIAL
UCR
2024

CC.SIBDI.UCR - CIP/4127

Nombres: Rodríguez Echeverría, Miguel Ángel, autor.

Título: Vida y legado : memorias / Miguel Ángel Rodríguez Echeverría.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2024.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-171-5** (rústico)

Materias: SIBDI.UCR: Rodríguez Echeverría, Miguel Ángel.

| LEMB: Presidentes – Costa Rica – Biografías.

Clasificación: CDD 972.860.524.092 –ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2024.

© Editorial Universidad de Costa Rica,

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr

www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

Una niñez feliz

1

CAPÍTULO II

Socialización, política, aspiraciones

17

CAPÍTULO III

Universidad de Costa Rica y boda

35

CAPÍTULO IV

Familia y doctorado

65

CAPÍTULO V

Hijos y maestros

105

CAPÍTULO VI

Vida empresarial, familia, academia y política

143

CAPÍTULO VII
Modelo económico vigente a finales de los 70. Causas de la crisis
181

CAPÍTULO VIII
Ane, las empresas, el PUSC y campañas de los 80
201

CAPÍTULO IX
Mi primera campaña después de 1986
229

CAPÍTULO X
Actividad internacional, la diputación, la campaña de 1994
261

CAPÍTULO XI
La campaña de 1998. La victoria
311

CAPÍTULO XII
Armar gobierno y gobernar
359

CAPÍTULO XIII
Entregar el gobierno e iniciar una nueva vida
411

CAPÍTULO XIV

La OEA

431

CAPÍTULO XV

Un cambio radical. Inicia la persecución

455

CAPÍTULO XVI

Una vejez con felicidad

523

EPÍLOGO

555

CAPÍTULO I

UNA NIÑEZ FELIZ

Nací en los primeros meses de la II Guerra Mundial. Aquello no fue augurio de problemas. Recuerdo con felicidad mi niñez en el barrio Aranjuez. Fui el tercero de cinco hijos: los mayores, mi hermana Blanca Cecilia y mi hermano Manuel Emilio, siempre fueron soporte y apoyo. Mis hermanos menores Álvaro y Gerardo, compañeros de juegos. Hermana y hermanos, siempre amigos muy queridos.

Hasta mis 9 años vivimos todos juntos, con papá, Manuel Rodríguez Támara; mamá, Blanca Echeverría Velázquez, y mi abuelita materna, Lupita Velázquez Castro, Mamama. Luego, Blanca Cecilia se casó con Luis Truque Gurdíán y se fueron a vivir a su casa, por suerte no muy lejos de nosotros.

Papá fue un hombre noble y trabajador. Me enseñó la pasión por la lectura. Con ella compensó su falta de educación formal. A los doce años tuvo que abandonar sus estudios y solo terminó la educación primaria. Por problemas económicos de su padre entró a trabajar a la Ferretería Rodríguez de sus tíos y por su cuenta aprendió inglés y contabilidad. Su gentileza y cariño nos acostumbró a los hermanos hombres a saludarnos de beso en cualquier circunstancia, cuando eso no era usual.

Nació en Sincelejo, Colombia, y cuando tenía 4 años, su familia emigró a Costa Rica. La Guerra de los 1000 días entre conservadores y liberales los llevó a tomar la decisión de venir a Costa Rica, adonde ya estaban bien asentados dos hermanos de mi abuelo. Ellos habían establecido la Ferretería Rodríguez que dio trabajo a papá cuando su padre perdió sus recursos en actividades agrícolas por la Línea Vieja. Recuerdo de niño, en los regazos de papá, oírlo contar cómo en aquella guerra los ríos corrían rojos de sangre y los zopilotes solo comían de coronel para arriba.

Manuel Emilio y yo tuvimos una experiencia inolvidable cuando papá, en los últimos meses de vida, a sus 80 años y estimulado por la cortisona con la que paliaba una cruel enfermedad de la piel, nos contó aquel épico viaje a Costa Rica. Desde la salida de su pueblo natal en una cabalgata

de mulas hasta Cartagena, donde embarcaron para Limón, hasta la llegada en ferrocarril a San José.

Mamá fue una mujer fuerte, religiosa, caritativa, sin miedo a nada. La Ferretería Rodríguez quedaba muy cerca de la casa de mis abuelos maternos, en el centro de San José. Desde que mamá era una chiquilla, papá, 12 años mayor, la veía pasar hacia la escuela. Tiempo después, cuando mamá vio que sus padres se iban a ir a California, no lo pensó dos veces y le propuso matrimonio a mi papá para quedarse con él. Gracias a eso vinimos al mundo los Rodríguez Echeverría.

Mamá imponía orden y manejaba la casa. La faja que llevaba consigo para disciplinarnos no me dejó huella negativa, aunque aprendí a nunca usar ese método, que mamá administraba con frecuencia por pequeñas travesuras o desobediencias. Pero a la par del castigo era generosa en enseñarnos y mimarnos.

Mi abuelita Lupita, la mamá de mamá, había quedado viuda cuatro años antes de mi nacimiento y vivía con mis padres. De mis cuatro abuelos solo a Mamama conocí. Tuvo gran influencia en mi vida. Fue ella quien les pidió que me pusieran Ángel Miguel como se llamó su padre. Mis papás invirtieron el orden.

Con nosotros vivía Elvira Carmona, Vira, quien llegó a nuestra casa al tiempo de mi nacimiento, y salió de ella muchos años después; tras la muerte de mis papás vivió sola en esa casa un par de años más. A la par de la señora que ayudaba en la cocina, Vira contribuyó mucho a la felicidad de nuestro hogar. Mi querida Vira, durante mi adolescencia, me abría la puertita lateral de la casa para que mis papás no se percataran de la hora, cuando llegaba después de la señalada para regresar. Cuando volvía tarde de un bailecito de 15 años o de alguna escapada con los amigos, desde unos cien metros antes de llegar a mi casa se oían los ronquidos de papá. Mamama le decía que sus ronquidos eran una invitación a los ladrones.

El Aranjuez de entonces era muy diferente al San José de hoy. Era un barrio “populoso” de aquel San José de mediados del siglo XX. El San José de poca población –112 000 habitantes– con frondosos árboles en sus barrios Amón, Otoyá, Aranjuez, Escalante; con casitas bien pintadas adornadas con flores

en los barrios del sur y con buena seguridad para los ciudadanos en todas sus áreas, incluso la zona roja. Era una ciudad limpia y ordenada, “la tacita de cristal” la llamaban los visitantes centroamericanos. Una ciudad pequeña, pobre y de “conocidos”, en la que todavía transitaban ciudadanos descalzos. Cuando caminaba por la Avenida Central con alguno de mis padres, se saludaban cordialmente con la mayor parte de las personas que encontraban.

Aranjuez, a principios de los cincuenta, era barrio de la capital y caserío de pueblo campesino. Mis nietos se maravillan cuando les cuento que a las 4:30 de la madrugada oía los cascotes de una recua de mulas trotando frente a la casa. Venían de un potrero cercano e iban camino a la fábrica de hielo que quedaba unos 200 metros al sur, enfrente del Hospital de la Caja, hoy Hospital Calderón Guardia. Estaba ubicada allí porque enfrente de su entrada estaban los tanques de agua del primer acueducto de San José, construido por mi bisabuelo, al que debo mi nombre. En la Fábrica de Hielo se aparejaban las mulas a sendos carretones para marchar a repartir las marquetas de hielo que en armarios aislados servirían para mantener fríos los alimentos.

Poco después rechinaban las carretas con su yunta de bueyes que traían frutas y verduras de Goicoechea y Coronado para el Mercado Central. Era tan diferente ese San José de mis recuerdos que mis tías Rosa y Ana Rodríguez podían vivir tranquilamente con sus familias en casas situadas diagonal a la esquina noreste de ese Mercado Central.

Luego, el silbido del lechero con su caballo llamaba a los vecinos a salir de sus casas con ollas para recibir la leche cruda para el consumo del día. Con un cucharón especial para medir, sacaba la leche de las lecheras de aluminio o de acero que colgaban a ambos lados del caballo. Cuando esa leche se agriaba mamá sufría por la pérdida económica, pero nosotros hacíamos fiesta porque hacían “zopilotillo”, un postre delicioso.

Ya después, con el jolgorio del nuevo día, circulaban las “cazadoras”, como se les decía a los autobuses de pasajeros con carrocerías de madera, y los “magirus”, que eran los buses con carrocería metálica; los carretones jalados por un caballo que transportaban la carga, y unos pocos automóviles. Era tan poco el movimiento que los güilas del barrio jugábamos fútbol en media calle y suspendíamos la mejenga cuando se oía un vehículo.

La vida de barrio era muy intensa. Los niños y jóvenes jugábamos juntos desde muy pequeños y vagábamos de una a otra casa. Los papás se conocían y tenían confianza, y solo había que avisar adónde íbamos. A menudo saltábamos del jardín de una vivienda a otra vecina, caminando encima de las tapias de ladrillo que dividían las propiedades. Un árbol de mandarina y otro de cas en el patio de nuestra casa eran maravillosas escaleras para subir y bajar a esas tapias. Y claro, para atiparnos de sus frutos.

Muy cerca vivían los Saénz, los Montealegre, los Quirós, los Soley, los Esquivel, los Font, los Gallegos. Todos queridos amigos del barrio. Sus padres, junto con los señores de otras casas que no tenían niños de mi edad, como los Raventós, los Holst, los Volio, los Fournier, los Calvosa, los Ortuño o el Dr. Oreamuno, eran amigos de mis papás.

No solo los niños subíamos las tapias para pasar adonde los vecinos. Durante la revolución del 48 hubo toque de queda, y como no podían salir a la calle de noche, mis papás, el Dr. Carlos Sáenz, doña Virginia Pacheco, don Johnny Montealegre y doña Cristina Quirós ponían escaleras a ambos lados de las tapias para visitarse. Por cierto, recuerdo que mis padres no se metían mucho en política y, aunque fueron amigos del matrimonio Calderón Fournier, durante esa revolución en un cuartillo que había en el patio trasero de mi casa, que usualmente era el reino de los niños, se puso una máquina de escribir y se mecanografiaban partes del grupo de don Pepe que informaban de los avances de las batallas. No había ni siquiera un polígrafo. Yo me encargaba de repartirlos en ciertas casas. También recuerdo que se escondió en la casa al Dr. Enrique Morúa, casado con Nena Esquivel Rodríguez, sobrina de papá. Al término de la revolución, don Pepe visitó frente a nuestra casa a Mario Esquivel, su futuro embajador en Washington y canciller, y también a mamá, su vecina en los alrededores de la iglesia del Carmen en su niñez.

Durante ese conflicto, papá fue encarcelado por negarse a entregar mercadería del Almacén Eric C. Murray sin orden de compra. Mamá movió cielo y tierra y lo liberaron de la Penitenciaría Central a medianoche, a pesar de que había toque de queda y no debían transitarse las calles después de las 7 de la noche. Recuerdo cómo recibimos ansiosos a papá. Llegó con el saco, la corbata y el sombrero en la mano y nos dijo que había tenido que pasar

por donde se encontraba un grupo de exaltados partidarios comunistas, y que lo hizo pegando vivas a Manuel Mora.

Algunos vecinos se mudaban a otras zonas. Se fueron los Esquivel y vinieron los de Pass, los Montealegre estrenaron el barrio Rohrmoser y vinieron los Gamboa; se mudaron los Volio y vinieron los Chamberlain, pero la vida del barrio era muy fuerte y la comunidad seguía. En diciembre contábamos las coronas con un bombillito que adornaban las ventanas de las casas.

Los niños conocíamos a los dos boticarios, Everardo y Veguita, a los pulperos y a Neftalí, el de la frutería. La vida era segura entre amigos y conocidos que nos cuidaban. Gracias a la generosidad del Dr. Sáenz y de doña Virginia, de don Johnny y doña Cristina, junto con mi hermano Álvaro conocimos fincas, pues nos invitaron a pasar temporadas con ellos. Recuerdo mi entusiasmo en los viajes desde Aranjuez hasta las Nubes de Coronado en el auto del Dr. Sáenz con Carlos, Virginita, Alberto y Celina. En las Nubes había que atravesar un potrero a veces a pie y otras a caballo que traían desde la finca. Después ya se podía llegar por el camino que habían abierto a Patio de Agua.

En esa finca aprendí a andar a caballo, a ir a traer los caballos del potrero, a ordeñar, a arrear con los vaqueros las vacas a la lechería, y disfruté de ver cómo se cortaba el pasto que se traía para alimentarlas en el corral. Los domingos íbamos a San Isidro a misa en cabalgata y dejábamos los caballos donde el herrero, a una cuadra de la majestuosa iglesia estilo neogótico.

Con Carlos y Arturo Montealegre Quirós, gracias a la gentileza de sus padres, Álvaro y yo veraneábamos en La Guaria y el Barrial en Heredia. Allí aprendimos a coger café, conocimos el beneficiado del grano de oro y nos bañamos en las pilas que se usaban para lavarlo. Con miedo y entusiasmo pude entonces guiar la yunta de bueyes que jalaba una de las carretas que recibían el café que las cogedoras entregaban de sus canastos.

MAMAMA

Entre mis recuerdos más intensos se encuentra la relación con mi abuelita Mamama. Desde muy chiquillo me tomó bajo su protección y mimos.

Su cuarto fue un lugar muy especial para mí, pues compartía con ella desde temprano en la mañana cuando nos servía a los chiquillos el cafecito con pan del desayuno. Luego, la acompañaba mientras se peinaba y arreglaba, lo cual era toda una ceremonia. Se emperifollaba hasta para ir a la pulpería, pues no salía de la casa sin sombrero con velito sobre la cara y guantes. Siempre de negro por el luto de su esposo, que fue dermatólogo y la había aleccionado contra los rayos del sol.

Desde que me acuerdo, me dedicaba tiempo para leerme lindos libros ilustrados de cuentos en inglés, pues se había propuesto enseñarme a hablarlo. Como dos de sus hijas vivían en Nueva Orleans, cuando las visitaba cada tantos años traía nuevos libros.

Entre cuento y cuento me hablaba de su familia y de su vida. Su abuelo fue José María Castro Madriz, al que ella cariñosamente llamaba “Papa-cito”. Como su nieta, sentía que la familia debía volver a tener figuración política, y me infundió el “gusanillo” de ser presidente. Cuando huía de mamá, que me iba a castigar por venir todo embarrialado del patio de los Fafas, o por otra travesura, varias veces fue Mamama la que recibió el fajazo protegiéndome tras sus enaguas.

Me impresionaba que hablara inglés y francés, pero ella me sacaba los ojos al contarme que mi abuelo Emilio Echeverría, que había estudiado medicina en la Universidad de Columbia en Nueva York y luego se había especializado en enfermedades tropicales en Londres y en Hamburgo, además de esos idiomas, hablaba alemán, latín y griego. En esos tiempos, también escuchaba historias de cuando Mamama se fue con sus 6 hijos y sin mi abuelo a vivir dos años a Bélgica; mi mamá debía tener 4 o 5 años y así aprendió francés. Solo muchos años después oí de mamá que el viaje posiblemente se dio cuando mi abuelo terminó sus funciones como médico jefe de la United Fruit Co. en Limón en 1912 y que el motivo había sido evitar que su familia siguiera creciendo.

La presencia de Mamama en nuestra casa hacía que la familia de mamá llegara con frecuencia a visitarnos. Pero mis papás también nos llevaban de visita donde las tres tías y el tío Rodríguez. La vida en familia era también vida en la familia ampliada.

Papá fue una persona seria y reservada que nos decía que la elegancia era caminar por Piccadilly Circus, en Londres, sin llamar la atención. Sin embargo, sus antepasados sí habían estado metidos en política. Mi tatarabuelo Enrique Rodríguez Santurio fue el famoso “fiscalito” de Cartagena, firmante del Acta de Independencia del 11 de noviembre de 1811 y diputado por Cartagena de Indias en el Congreso de Ibagué. Ya en 1795 había sufrido pena de cárcel por repartir información sobre la Revolución Francesa, y solo por estar fuera de Cartagena se salvó de ser ejecutado tras el arribo de las fuerzas españolas en 1815 que llegaron a reclamar sus posesiones. Su consuegro, otro tatarabuelo, Clemente Carriazo Iriarte sí fue fusilado por alzarse en armas contra los españoles. Mi tatarabuela, Jacinta de La Torre y Baloco, en 1816, fue de las heroicas mujeres que tomaron las armas contra el arribo de las fuerzas españolas comandadas por el Marqués Pablo Morillo. Por su parte, los antepasados de mi abuela materna Ana Támara fueron por mucho tiempo dirigentes de Sincelejo. Pero esos hechos los conocería mucho después, pues papá nunca “rajó” con su ascendencia.

A los cincuenta metros de mi casa, en una enorme mansión con altas y elaboradas tapias frente a la calle, gran cochera y con inmensas habitaciones, vivían mis padrinos Manuel Ortuño y Paquita Sobrado. Años después en esa casa se ubicaron las oficinas centrales del ICE, y ahora el terreno de esa casona es parte del Hospital Calderón Guardia.

Cuando yo tenía 6 años vino a pasar una temporada con sus tíos, mis padrinos, Macamen, que fue mi compañera en el kínder de las hermanas Blanco que quedaba a unas tres cuadras de nuestra casa. Fue mi primer “enamoramamiento” y sufrí cuando retornó a Veracruz. Tendría que esperar a sexto grado para experimentar otro entusiasmo platónico con una niña.

LA ESCUELA BUENAVENTURA CORRALES

Llegué a los 7 años. La edad para ir a la escuela. El primer día de clases, muy aplanchadito, me fui caminando con papá hacia la Buenaventura Corrales. Aquello se volvió una linda rutina. Papá trabajaba en un comercio en el centro de San José y muy a menudo caminaba en vez de tomar el bus, pues en mi casa nunca hubo carro. Caminaba con él hacia la escuela

para la entrada de clases en la mañana, o en la tarde, pues para ocupar el aula con dos grupos las clases alternaban su jornada, y papá venía a la casa a almorzar.

Mi maestra desde primero hasta sexto grado fue “la niña” Carmen Castro de Alvarado, una de las famosas y ocurrentes “hermanas ish”. Les decían así porque sus jocosas expresiones las empezaban con la muletilla “ish”. Una maestra con experiencia, con amor por los niños y devoción por su trabajo. A ella le debo el gusto por las matemáticas, pero muy a pesar de sus esfuerzos, mi letra nunca mejoró, y los dibujos en el Cuaderno de Vida solo fueron bonitos gracias a que Blanca Cecilia y –después de tercer grado– mamá generosamente me ayudaron con ellos. Le debo muchísimo a la niña Carmen.

La directora de la escuela, doña Rosita Font, era una vecina cercana; ella y las maestras y los pocos maestros de cursos especiales, como Música, manejaban un orden extraordinario que no impedía que disfrutáramos intensamente los recreos en el parque Morazán y en el patio central del edificio metálico dedicado a los hombres, pues otra parte igual del edificio era la Escuela Julia Lang de niñas. Creo que fue en tercer grado que durante el recreo grande empezamos a saborear la leche que nos preparaba Mikaela, la portera que nos trataba con mucho afecto, y que la hacía con la leche en polvo que en grandes barriles de cartón nos enviaba Unicef.

Con esfuerzo, mis papás me daban 15 céntimos de colón y luego, ya en cuarto grado, por haber trabajado en las vacaciones, me ajustaba con mis ahorros a una peseta, 25 céntimos. Era un enorme placer comer un “helado de palo” Pinto, de los que desde un carretillo vendía Toño frente a la escuela, o ir a la cantina Morazán a comprar un fresco de frutas que traía –oh maravilla– pedacitos de manzana, o doblar la esquina del kínder público que quedaba a la par de la escuela, para ir a una ventana a comprar un pastelito de piña que todavía saboreo.

Jugábamos fútbol, quedó, escondido y con bolitas de vidrio, bailábamos trompos, brincábamos rayuela y burro. Cuando desfilaba cerca de nosotros la Escuela Juan Rudín era una fiesta abuchearlos. Era maravilloso participar en las veladas de fin de curso con una recitación, con un papel en una obra que nos hacía creernos estrellas del Teatro Nacional (yo no sabía de Brooklyn), o como parte de un coro. También eran ocasión

de gran disfrute las fiestas de la alegría. La niña Carmen nos pedía que lleváramos alguna fruta, helados, natilla, sirope y preparábamos en una olla, a mis ojos enorme, una inmejorable ensalada de frutas.

De cuando en cuando un par de güilas, a la salida de clases, resolvían a puñetazos sus diferencias, escondidos de los maestros a unas pocas cuardras de la escuela. Otros, de mirones, los rodeábamos y luego mis papás me castigaban por llegar tarde a la casa. En primaria solo un par de veces sería yo partícipe en una pelea. Pero eso cambiaría en secundaria.

Mis recuerdos de la escuela pública me llenan de agradecimiento. Compartíamos niños de muy diversa condición económica y social. Chicos de familias muy pudientes que llegaban a la escuela en los autos de sus padres, chiquitos muy pobres, algunos incluso ocasionalmente descalzos, y muchos de clase media sin acceso ni a auto en la casa ni a golosinas en el bulto. Todos compartíamos, traíamos flores para adornar la clase, unos las compraban, otros las cortábamos de los patios de las casas. Yo llevaba lirios rojos y blancos que había al final del patio o margaritas que había en el jardín al frente de la casa. A menudo con papá, los domingos, cortábamos el zacate, arreglábamos las matas y hacíamos las orillas del jardín y del patio.

Nunca olvidaré el “enamoramiento” que muchos vivimos cuando la niña Carmen enfermó y nos llegó una maestra sustituta guapísima. Los corazones de una treintena de niños latieron alborotados durante una semana.

Mis sobrinos Coco, Tita y Nena Truque Rodríguez fueron naciendo rápido después del matrimonio de Blanca Cecilia y ya desde mis nueve años empecé a ganarme unos colones cuidándolos. No era algo muy nuevo para mí porque mi hermano Gerardo era solo unos dos años menor que Coco. Pero cuidar a Gerardo no me proporcionaba ingresos adicionales a la mesada usual. Después nacería Javier, el hermano menor de ellos y mi primer ahijado. Y más tarde mis otros sobrinos Carlos Manuel y Álvaro, los hijos de Manuel Emilio y Nydia Echandi, y David y Laura, los hijos de Gerardo y Linda Berrón. Mi relación con ellos ha sido una linda experiencia desde mi niñez hasta mi ancianidad.

Con mi cuñado Luis Truque tuve una excelente relación. Tenía carro, era ingeniero y a veces me llevaba en sus visitas a construcciones, y también

lo acompañaba a partidos de beisbol que jugaban en una cancha en Tres Ríos. Cuando iba en las noches a cuidar a los sobrinos mientras ellos salían, me encantaba leer las tiras cómicas de los periódicos que Luis Alberto recortaba todos los días y guardaba muy ordenadamente.

Los recuerdos de esa época escolar me han acompañado siempre.

Mi niñez está muy ligada a mi papá. Adquirí de él la responsabilidad por mis deberes, la afición al fútbol y con él aprendí a nadar. Bueno, a medio nadar. Ir con él algunos domingos al Estadio Nacional fue una maravillosa experiencia en mi niñez. En la esquina de la casa tomábamos “el camión” al centro de la ciudad. Allí, por el Mercado Central, cerca de las casas de dos de las hermanas de papá, tomábamos otro bus a La Sabana, que atravesábamos a pie cuidándonos de que no estuviera aterrizando o despegando un avión. Los equipos de San José eran Orión, nuestro preferido, Gimnástica, La Libertad y Universidad. Luego llegó Saprissa y en unos años nos hicimos seguidores de esa divisa que tantas satisfacciones me ha dado desde aquellos geniales chaparritos de oro.

Otras veces íbamos, de nuevo tomando dos “cazadoras”, a Ojo de Agua, adonde aprendí a nadar. Bueno, a no ahogarme, porque en esas lides, como en todos los deportes, he sido muy chapucero. Muchos años después, ya casado y con hijos, tomé clases durante varios meses en la madrugada para aprender a acompañar la respiración con las braceadas, sin mayor progreso.

También son recuerdos muy especiales unos pocos viajes en tren a Puntarenas con papá, mamá y mis hermanos. Ver a mamá preparar maletas, tomar un taxi a la Estación del Ferrocarril al Pacífico, viajar con los ojos saliéndose por las ventanas viendo desfilan la ciudad, cafetales, potreros, vacas y caballos, esperando llegar a los puentes y al túnel. Los gallos de gallina achiotada en Orotina. Caminar de la estación del tren en el puerto al Hotel Los Baños. Meterse al mar, jugar con la arena, comer un granizado. Aquello era como ir al cielo.

Una vez el Dr. Carlos Saénz nos llevó a Álvaro y a mí con su familia a Puntarenas por carretera. El recorrido por caminos de polvo de San Ramón al puerto fue una auténtica epopeya. Fue como vivir las aventuras de las

películas y fábulas que veíamos en el Cine Moderno, el Capitolio o el Variedades. Allá nos dejaba ir mamá los sábados a las 2 p. m. con Elvira, Nana.

MI PRIMER TRABAJO

Muy chiquillo tuve mi primera experiencia laboral.

Papá, junto con primos Rodríguez de la segunda generación en Costa Rica, se pusieron de acuerdo para tomar el control de la Ferretería Rodríguez y modernizarla. Cuando papá presentó la propuesta, sus compañeros lo dejaron solo y tuvo que salir de la Ferretería. Gracias a Dios y a su dedicación al trabajo, de inmediato don Eric Murray le ofreció trabajo. Su negocio de ferretería e importación de maquinaria quedaba a pocos metros de distancia de la empresa familiar, y por muchos años papá fue gerente de esa empresa (Eric C. Murray y Cía.) con mucho éxito y logró adquirir una pequeña proporción de las acciones.

Así que papá pudo conseguirme trabajo unas pocas semanas durante mis vacaciones de fin de año en el Departamento de Maquinaria de esa empresa que quedaba en Avenida 10, a unos 200 metros al este del actual Gimnasio Nacional. Apenas iba a cumplir mis nueve años y pude disfrutar de ir en tranvía desde la esquina del Parque Nacional hasta el Paseo Colón, y caminar unas cuatro cuadras para llegar al trabajo. Ese primer año, cuando papá llegaba semanalmente a pagar con unos sobrecitos a los empleados de administración, ventas y del taller del Departamento de Maquinaria, me entregaba mi sobre con 10 colones. Años después supe que ese primer año papá me pagaba por su cuenta.

Esa navidad el “Niñito” me trajo una bicicleta Phillips que vendían donde Palma y Cía. Al año siguiente y hasta avanzada mi secundaria, trabajé mis vacaciones en ese Departamento de Maquinaria de Eric C. Murray y Cía., y me transportaba en mi poderosa bicicleta. Muchísimo aprendí: desde llevar tarjetas de los inventarios, ordenar pedidos y hacer órdenes de compra, hasta manejar algunos tractores y camiones.

Por cierto, que por travieso en una ocasión me subí en una cosechadora de arroz que estaban acabando de armar y tenía el motor prendido.

Me resbalé y me agarré de la mufla: ¡tremenda quemada me hice en una mano! Cuando avisaron a mi papá él dijo que estaba bueno por travieso y solo me pusieron alguna medicina del botiquín de empleados. Recuerdo la cara de arrepentimiento que puso papá cuando al encontrarnos esa noche en la casa me vio la mano.

Gracias a ese trabajo conocí Guanacaste, pues en una ocasión, ya en secundaria, pude ir a ayudar a demostrar equipos de riego que eran gran novedad, y viajé en un camión de carga con dos mecánicos a hacer demostraciones de cómo se armaban y trabajaban los equipos con sus bombas de agua, tuberías y torres de aspersión en fincas de amigos de la empresa en Cañas, Liberia, Santa Cruz y Nicoya. Entonces un viaje así era una verdadera aventura vadeando ríos y sorteando barriales, durmiendo en tijeretas acompañado de insectos en cuartitos muy rústicos.

MONAGUILLO

A los nueve años las hermanas Blanco me prepararon para hacer la primera comunión en la Iglesia Santa Teresita, con el padre Panito o Cayito Zúñiga, que había sido el constructor de esa linda iglesia. Con ello arrancó una etapa muy formativa de mi vida.

Mamá nos convocaba a rezar con ella el rosario al final de la tarde y nos leía sobre la vida de Cristo y trozos de la Biblia. Recuerdo en especial "*Memorias de un Reporter en los Tiempos de Cristo*". Fue siempre muy cercana a la Iglesia. Los domingos en Santa Teresita solía recoger la limosna. El padre Carlos Humberto Rodríguez, primo de papá, había dejado la Cartuja para venir a colaborar en la vida de la Arquidiócesis, y luego fue arzobispo de San José. Mamá lo ayudó a levantar la Casa de Ejercicios Espirituales en San Francisco de Goicoechea.

El padre jesuita Narciso Irala era un misionero en China, de quien escuché en casa cuentos espeluznantes sobre la persecución de los comunistas contra la Iglesia en los años cincuenta en ese país.

Cuando llegaron los carmelitas descalzos a barrio Cuba, mamá trabajó sin descanso para ayudarlos a levantar su convento. No se amilanó ante las dificultades y, para vender números de rifas para esas obras, pasaba paradas horas enteras en la Avenida Central cerca de la librería Universal, donde de vez en cuando entraba invitada a tomar un vaso de agua o un café.

No fue pues de extrañar que Álvaro y yo fuésemos monaguillos. Fuimos monaguillos de monseñor Claudio Bolaños y monseñor Óscar Trejos, ambos canónigos de San José. En la Capilla de Sion, Mère Yolán era la monja sacristana, quien con inmensa paciencia nos enseñaba el latín para poder contestar la misa, nos preparaba para la liturgia de Semana Santa y nos daba un rico café con pan y queso, para que desayunáramos antes de ir desde ahí a la escuela en el edificio metálico.

Un motivo de inmensa alegría fue que después de muchos años papá se confesara. Mamá había rezado y rogado sin cesar por esa ocasión, y ocurrió en una fiesta como la Navidad.

Álvaro desde muy niño sintió vocación religiosa. Mamá le mandó a confeccionar un altar que se puso en una cómoda en el cuarto que compartíamos, donde realizábamos con coca-cola y galletas María los ritos que imitaban una misa. Por eso no fue de extrañar que unos años después iniciara la preparación para su santificante vida religiosa.

De las numerosas experiencias con mamá y Álvaro, recuerdo los sábados en la madrugada cuando, con mucho frío, íbamos a los rosarios de la aurora en La Dolorosa.

En 1950 los frailes menores conventuales franciscanos norteamericanos fundaron en Aranjuez, a tres cuerdas de mi casa, el Colegio Saint Francis. Mamá me puso con ellos en clases de religión, las que se recibían después de la primera comunión, llamadas clases de perseverancia. Eran en inglés. Ya Mamá me había enseñado el Padre Nuestro y el Ave María en ese idioma. Guardo gratas memorias del rubicundo y sonriente Father Lucas a quien en ocasiones asistí como monaguillo y del Father David, director del colegio, quienes me impartieron las clases.

UNA BICICLETA ATROPELLÓ AL PRESIDENTE

No puedo terminar mis recuerdos de la época escolar sin contar la extraña anécdota que me tocó vivir y que para mí refleja mucho lo que es Costa Rica. Además, es una anécdota que une escuela, religión y política.

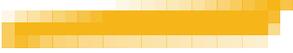
Una mañana después de la misa de 6:15 iba, como todos los días, camino a la escuela bien desayunado, gracias a Mère Yolán. El recorrido era siempre el mismo. Salía por la entrada principal del Colegio de Sion, cuando empezaban a entrar las alumnas para sus clases. Por cierto, poco tiempo después, al entrar a secundaria, las chicas y yo nos volvíamos a ver y se me acabó la carrera de monaguillo. Entraba al Parque Nacional y lo cruzaba hacia su esquina noroeste, y seguía bajando la Avenida de las Damas por la acera de Casa Presidencial, donde hoy está el Tribunal Supremo de Elecciones.

Una mañana, por la acera de enfrente, venía subiendo al costado de la Fábrica de Licores el presidente don Otilio Ulate acompañado de un campesino descalzo. Al llegar frente a la entrada de vehículos que tenía allí la Casa Presidencial, don Otilio se despidió de su acompañante con un abrazo, y se tiró a cruzar la calle. No vio a un ciclista que bajaba con mucha rapidez esa cuesta en una bicicleta con canasta delantera para reparto de artículos. El presidente voló por los aires y cayó inconsciente; el ciclista quedó también golpeado en el suelo. Los policías que estaban en la entrada de la residencia de Casa Presidencial y en la puerta de vehículos corrieron a auxiliar a los heridos. Y ahí estaba yo viendo la escena. El presidente en el suelo atropellado por una bicicleta, y yo camino a la escuela lo contemplaba con las ínfulas que me había desarrollado Mamama de que sería presidente.

Es conocido que después, cuando el presidente Ulate despertó en uno de los cuartos privados que entonces había para quienes lo pudiesen pagar en el Hospital San Juan de Dios, hizo dos preguntas: qué le había pasado al ciclista y qué había ocurrido con la bicicleta. Del ciclista le dijeron que estaba en una pensión general. De la bicicleta le dijeron que era del Almacén Uribe y Pagés. Al ciclista lo hizo traer a una cama extra que pidió poner en su cuarto. De la bicicleta dijo que si era de un negocio, entonces no le preocupaba.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

ACERCA DEL AUTOR

Miguel Ángel Rodríguez Echeverría, académico, empresario, director del BCCR, ministro de Planificación y de la Presidencia, diputado y presidente de la Asamblea Legislativa, presidente de la República de Costa Rica, de ANFE y ODCA, secretario general de la OEA. Católico. Casado con Lorena Clare Facio, 4 hijos: Miguel Alberto (†), Andrés, casado con Vanessa Sequeira, Felipe (†), Ana Elena, casada con Alberto Arias (†), y seis nietos. Licenciado en Derecho y Economía por la UCR, Ph. D. en Economía por la UC Berkeley.

Corrección filológica: *Jessica López V.* • Revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A.*
Diseño de contenido, diagramación y control de calidad: *Daniela Hernández C.*
Diseño de portada: *Boris Valverde G.* • Imagen de portada: *Alejandra Fernández.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.
Julio, 2024.

Familia, academia, política y empresas se mezclan en un relato de vida, visión e historia costarricenses. Miguel Ángel Rodríguez narra sus afanes de servir en pro de la libertad, la dignidad y el progreso de todos. Es un relato de su niñez, formación y profesorado en la UCR y otras universidades, su fe católica, el desarrollo de su pensamiento, sus publicaciones, éxitos y fracasos empresariales, su participación en el gobierno Trejos Fernández, la transformación del modelo económico costarricense, la conformación del Partido Unidad Socialcristiana, la Asamblea Legislativa, la presidencia de la República, la OEA y su defensa ante la persecución política sufrida.